

# Antonio Suárez: el ojo mágico

Mario Saavedra

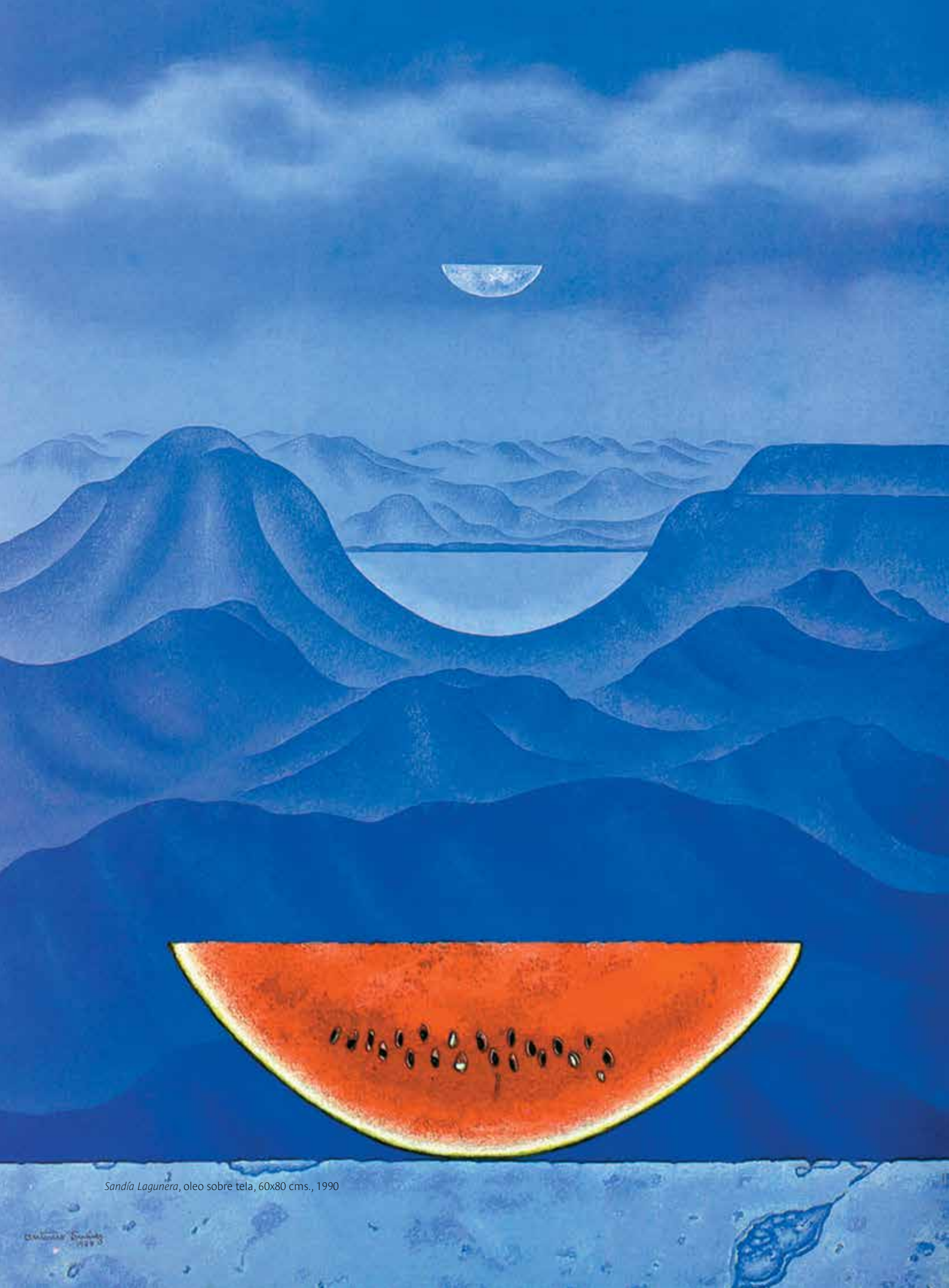
*La primera condición del realismo mágico,  
como su nombre lo indica,  
es que sea un hecho rigurosamente cierto que,  
sin embargo, parece fantástico.*

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

HE SEGUIDO DE CERCA, desde hace más de dos décadas, la carrera del artista plástico michoacano Antonio Suárez (Mil Cumbres, 1943), quien inició sus estudios de pintura en La Esmeralda en 1962 y los complementó durante una larga estancia en diversos países de Europa. Creador admirado por su talento y su oficio, por su ejemplar vocación, por su notable maestría en el manejo de los más diversos materiales y técnicas, su obra ha recorrido México, los Estados Unidos y varias naciones del viejo continente.

De producción abundante y con innumerables exposiciones colectivas e individuales dentro y fuera del país, su multicolor y seductora expresión plástica ha construido una poética que se define esencialmente por sus desbordados afluentes mágicos y oníricos, mediante un estilo que la crítica Bertha Taracena ha ubicado —en *El realismo fantástico de Antonio Suárez*, 1991— dentro de la escuela europea documentada por André Breton, si bien siempre lo he sentido más cercano, por cauce natural, al llamado “realismo maravilloso” que el cubano y universal Alejo Carpentier reconoció como sólo acorde al cruce irrepitible de nuestra realidad y nuestro imaginario latinoamericanos. Él mismo lo definiría meridianamente en el prólogo a su medular novela *El reino de este mundo*.

Importantes exposiciones suyas como “Delicias caribeñas” han constatado varios de los atributos que mejor identifican la poética de este notable artista de mil batallas, quien como pocos logra dialogar —en una de las tantas vertientes que pueblan sus inagotables creatividad e inventiva— con esa fuente ilimitada de temas y cauces de expresión que suelen fluir a borbotones de la propia naturaleza. Afluyente y cúmulo infinito de la creación que en ella se expresa sin tregua, como bien lo han definido los panteístas, este dotado hacedor de universos y mundos alternos ha encontrado aquí terreno propicio para que su irrefrenable imaginación y su en él natural



*Sandía Lagunera*, oleo sobre tela, 60x80 cms., 1990

veta poética reconozcan un hábitat original de resonancia, mediante técnicas como el óleo y la acuarela en las cuales ha sido maestro y gran exponente. En su multiplicada y multitonal obra se refleja un universo igualmente inagotable de revelaciones, frente a los ojos atónitos de un artista que sueña despierto y cuyos sentidos atentos son una amplia ventana que generosamente se abre a la conquista de un espectador sensible y conmovido por la mano milagrosa de una especie de mago/alquimista/prestidigitador.

Antonio Suárez se instaura ya entonces como reinventor de un universo que en sus diestras manos recobra su nitidez y su fuerza primigenias, porque el artista es dios que vuelve al orden —es decir, al equilibrio— lo que se ha hecho caos y barbarie. Dentro de

una tradición plástica que vuelve a la forma y el color originarios cuanto se ha diluido tras los sentidos atrofiados de una humanidad cada día más ciega al canto de las sirenas —parafraseando al propio Homero—, el microcosmos de este gran artista nos permite reencontrarnos con una naturaleza que pareciera haberse desdibujado bajo el peso avasallante de la monótona cotidianidad, bajo el ensordecedor atropello de un mundanal ruido ensimismado en su más anodina ambición.

Pero el verdadero artista redimensiona ese mundo del que se nutren su sensibilidad a flor de piel y su genio expresivo, en la medida en que sus propios subrayados o apuntes personales, que son al fin de cuenta lo que identifican su personalidad y su lenguaje estéticos, se erigen como esa sustancia capital del arte que nos impulsa a volver a ponerle atención y dialogar de cerca con lo que es verdaderamente trascendental, en comunión otra vez con lo esencial del ser, de la naturaleza, de la vida, de la propia existencia. El arte de verdad, resumiendo a Nietzsche, nos reconcilia con aquello que de verdad importa, permanece e inquieta, incomoda y fascina.

Pero al hablar de Antonio Suárez también nos impone hacerlo del no menos dotado e impecable gran artista de los trazos primarios, es decir, de quien en otras celebradas muestras suyas nos ha demostrado además su mano de dibujante, en un difícil arte en el cual no todos los creadores plásticos —inclusive muchos otros destacados y de reconocido prestigio— han conseguido moverse con similar fortuna. Conforme en su largo y ejemplar periplo ha mostrado manifestarse con sobrada solvencia en muy diversas artes y técnicas, en una apertura de registros que hace de su obra un compendio inacabado de sorpresas y revelaciones (inclusive en las artes escénicas donde su talento se ha desarrollado con similar generosidad), se trata también aquí de un maestro en esta especialidad en la que debiera formarse de base todo artista plástico.

Donde el trazo y el color vuelven a hacerse patentes casi como un milagro: el del arte que

*El gallo Clarín trepado en calabaza, óleo sobre tela, 50x70 cms., 1990*







*Huida en invierno*, gouache sobre cartulina, 25x28 cms., 1971

nombra cuanto existe y con ello le da un sentido superior al que tiene (el verdadero sentido potencializador de la creación del que hablaba Gauguin), Antonio Suárez nos lleva ahora por otra vía más intimista pero no menos expresiva a reconocer aquellos instantes maravillosos de la naturaleza que sólo el artista de verdad logra mantener para la eternidad de nuestros sentidos asombrados. Como destino, la mirada atónita de quien todavía se da la oportunidad de conmoverse, de asombrarse sin restricciones —el espectador que se permite otra vez ser niño, porque en ese estado de insólita fragilidad puede descubrir lo insospechado—, con el arte en su máxima expresión.

Ya sea en el óleo o en la acuarela o en el lápiz, Antonio Suárez nos sorprende siempre con diversidad de matices y de tonalidades, por emociones distintas que suscita, por su manera tan personal de abordar las magias múltiples de nuestro rico y contrastante patrimonio tanto natural como cultural. En su celebrada exposición “Suárez a lápiz”, sobresalía el igualmente valioso y sugestivo retratista, el colorista que en su no

menos extensa paleta del lápiz nos evidencia que sólo en el terreno del arte no hay imposibles.

Naturalezas muertas, paisajes, rostros, fachadas, seres mágicos, entre otros temas que pueblan la obra de este creador, hacen de su universo un gozoso e inagotable compendio donde los sentidos, la imaginación y el oficio de Antonio Suárez nos constatan que no hay técnicas ni materiales de primero o segundo orden, sino artistas extensos o limitados, profundos o superficiales, trascendentes o pasajeros. Su aporte a la plástica mexicana, en este sentido, tendrá que ganar con el tiempo un justo reconocimiento que la propia sencillez del artista ha contribuido a mantener más bien al margen de la parafernalia mediática, de aquella crítica sólo atenta ya sea al cauce *marchantista* o a la mera reproducción de juicios gastados y lugares comunes

A sus 71 años de edad, y después de haberlo pintado casi todo, la obra poética de Antonio Suárez constituye un espacio de auténtico remanso en medio de un universo plástico cada vez más proclive a la pompa y la improvisación, al desplante egocéntrico y la artimaña engañosa. 